



Revista Austral de Ciencias Sociales
ISSN: 0717-3202
ISSN: 0718-1795
revistaustral@uach.cl
Universidad Austral de Chile
Chile

Neumann, Elisa

Violaciones a los derechos humanos en Chile y luchas por la memoria: Relatos de Vida de Pobladores de La Victoria 1973-2011 *

Revista Austral de Ciencias Sociales, núm. 42, 2022, pp. 161-183
Universidad Austral de Chile
Valdivia, Chile

DOI: <https://doi.org/10.4206/rev.austral.cienc.soc.2022.n42-09>

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=45972422009>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

Violaciones a los derechos humanos en Chile y luchas por la memoria: Relatos de Vida de Pobladores de La Victoria 1973-2011*

Human Rights Violations in Chile and Struggles for Memory: Life Stories of Residents from La Victoria 1973-2011

ELISA NEUMANN**

Resumen

Este trabajo se basa en la recopilación de relatos de vida de pobladores de La Victoria. Se analizan también diversas fuentes documentales acerca de sus historias de lucha y movilización. En base a esta información se logra una aproximación a los procesos de producción de subjetividad popular; así como su relevancia para conservar ethos y proyectos utópicos que hicieron posible la organización y resistencia a la dictadura cívico-militar. A su vez, se estudia su progresivo desdibujamiento como resultado de la imposición de una historia oficial que busca hacer desaparecer proyectos e idearios utópicos. De allí la importancia de reconstruir una historia que recupere la memoria social de los sujetos populares. Interesa en especial la indagación acerca de los dispositivos de memorias que resisten la imposición de las narrativas desde el poder, preservando la subjetividad popular y un ethos de rebeldía y resistencia.

Palabras clave: memoria social, historia, subjetividad popular, disciplinamiento, resistencia.

Abstract

This article is based on a compilation of life stories of residents from La Victoria. We analyse several documentary sources about their stories of struggle and mobilization. Based on this data, we explore the processes of production of popular subjectivity as well as its relevance to preserve the ethos and utopian projects that made possible the organization and resistance to the civil-military dictatorship. At the same time,

* Artículo basado en la tesis doctoral desarrollada en el programa Procesos Sociales y Políticos en América Latina de la U. ARCIS.

** Centro de Investigaciones de Procesos Políticos y Sociales en América Latina, CIPPSAL, elisaneumann7@gmail.com, ORCID: 0000-0003-3829-1045

we study a progressive weakening because of the imposition of an official history that seeks to make utopian projects and ideas disappear. Hence the importance of reconstructing a history that recovers the social memory of popular subjects. One of the article's main foci is the inquiry about memory devices that resist the imposition of narratives from power, preserving popular subjectivity as well as an ethos of rebellion and resistance.

Key words: Social Memory, History, Popular Subjectivity, Social Discipline, Resistance.

1. Introducción

En Chile, al igual que en otros países del Cono Sur, las denominadas “transiciones democráticas” fueron posibles por acuerdos diversos y transacciones con el régimen cívico-militar saliente, lo cual garantizó la impunidad a los violadores a los derechos humanos. Si bien se condenó el uso del terrorismo de Estado, se insistió a su vez en la necesidad de mirar el futuro y dejar atrás un pasado marcado por la violencia y la represión política. Se buscó tender un manto de silencio y olvido. Estrategia que ha sido resistida por los sectores populares y el movimiento de derechos humanos; quienes no han cejado en su lucha por recordar y preservar la memoria de este período doloroso de nuestra historia.

Entre memoria e historia hay una relación permanente, siempre en tensión y a la vez mutuamente interdependientes. Se le reprocha a la memoria el ser frágil y sólo pervivir en los sujetos y los grupos, sujeta siempre a distorsión y sesgo. A pesar de ello, es un recurso privilegiado en la investigación de la

historia reciente, tarea compleja que pasa por asumir que la comprensión de lo que realmente ocurrió requiere incluir la dimensión subjetiva de los agentes sociales. A su vez, si bien se ha pretendido para la historia un saber objetivo, neutro y aséptico, se asume que los problemas de investigación; así como la selección de datos, está condicionado por factores sociales, políticos y culturales (Jelin 2014).

A pesar de ello, el historiador se esfuerza y aspira por alcanzar la verdad. En el extremo de este esfuerzo se encuentran las historias oficiales que sólo buscan legitimar un sistema de dominación. Esta modalidad de historizar se guía por los intereses políticos del presente, sometido a una reconstrucción maniquea, plagada de recortes y distorsiones deliberadas (Grez 2007).

Expresión de esta historia oficial son los informes de la Comisión de Verdad y Reconciliación y el de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura. En ambos se reduce la temática de las violaciones a los derechos humanos a la identificación de los afectados y se equipara a las víctimas del Terrorismo de Estado con los de la violencia política. Finalmente se justifica el golpe militar como resultado de la aguda polarización social y el clima de inestabilidad política que enfrentaba el país.

Así, por ejemplo, en el informe de la Comisión de Verdad y Reconciliación, se señala:

La crisis de 1973, en general, puede ser descrita como una aguda polarización a dos bandos -gubernativos y opositores- en las posturas políticas del mundo civil. Ninguno de estos dos bandos logró (ni probablemente quiso) transigir con el otro, y en cada uno de ellos hubo incluso sectores que estimaban preferible, a cualquier transacción, el enfrentamiento armado (Informe de la Comisión de Verdad y Reconciliación: 34).

Afirmaciones como estas serán nuevamente reiteradas al presentarse el Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura. Nuevamente se insistirá en el clima de beligerancia y la aguda contradicción político/ideológica al interior de la sociedad chilena. Y, peor aún, se instala la noción de que todos y todas somos igualmente responsables. Ante la falta de voluntad política para enjuiciar los crímenes se opta por “olvidar” el pasado y en la necesidad de avanzar hacia el futuro.

Lo he dicho en varias ocasiones: el quiebre de la democracia y de las bases de nuestra convivencia se produjo en medio de tormentas políticas e ideológicas que no fuimos capaces de controlar. La ruptura de la institucionalidad y la instauración de la arbitrariedad y el terror fueron la consecuencia de esos errores colectivos e individuales (Lagos, 2005. Para nunca más vivirlo, nunca más negarlo. En Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura: 7).

Estas versiones buscan negar que el gobierno de la Unidad Popular representó un intento de construcción de una sociedad auténticamente democrática y con justicia social. Su triunfo fue posible por la conformación de un amplio movimiento social, que buscaba la construcción de un modelo de desarrollo alternativo al sistema capitalista (Guillaudat y Mouterde 1998). Con ello se niega las históricas contradicciones entre clases dominantes y subalternas, las que fueron siempre resueltas a través de la represión y autoritarismo (Salazar 2012; Gómez 2004; Loveman, y Lira 2000).

Las tesis expresadas en las Comisiones de Verdad y Reconciliación y de Prisión Política y Tortura, sirvieron también para legitimar y promover un proceso transicional basado en el pragmatismo y en la búsqueda del consenso. Ello pasaba por el abandono de proyectos utópicos encarnados en la subjetividad popular.

Ambas comisiones responden a una doble operatoria: reducen las violaciones a los derechos humanos a los casos directamente afectados, a quienes se les coloca en el lugar de víctimas, borrando las utopías que sostuvieron sus luchas en contra de la dictadura y el modelo neo-liberal. A su vez, eluden analizar el contexto socio histórico del Terrorismo de Estado, sus actores sociales y las relaciones de fuerza en que se sostienen; configuración socio política que será en gran parte preservada en el curso de la transición. Para ello se insiste en el olvido y la reconciliación, negando las contradicciones de clase y la desigual distribución de poder en la sociedad. En coherencia con este discurso, quienes reivindican el derecho a la justicia y se resisten al olvido, aparecen como sujetos heridos, dañados, fijados al pasado y que requieren de asistencia terapéutica.

Se está frente a lo que constituye un abuso de memoria. Es decir, la manipulación concertada de la memoria y el olvido de quienes detentan el poder, estableciendo los marcos desde los cuales se interpretan las experiencias y vivencias. Cabe señalar que la memoria es siempre un proceso colectivo. Si bien su soporte es el sujeto; el proceso de evocación es siempre en comunicación y diálogo con la comunidad a la cual se pertenece (Ricoeur 2000).

A la historia oficial que se impone desde el poder, se le opone la memoria de los sectores populares. Esta memoria es portada por actores vinculados a la lucha antidictatorial y por la defensa de los derechos humanos. Al tiempo que sostienen la necesidad de aplicar justicia, buscan por diferentes vías reconstruir su historia. Historia que dé cuenta de los sentidos y utopías que sostuvieron redes de identificación y proyectos vinculados a lo popular.

Sin embargo, sus esferas de influencia se han visto seriamente limitadas en el curso de la transición. Se crean así condiciones históricas y subjetivas que propenden a la negación de la violencia; al mismo tiempo se instituye que los sueños y utopías no son posibles. Se busca con ello la producción y reproducción de un orden simbólico, que configuran una subjetividad trazada por el individualismo, la indiferencia y el sometimiento a un modelo social que es vivido como ajeno e inmodificable (Neumann 2010).

No obstante, la historia vivida y sus marcas en la corporalidad no pueden ser eliminadas; aparecen como gestos, enunciados difusos. El silenciamiento de la violencia tiene como consecuencia que aquello que permanece en el terreno de lo inenarrable se transmite y circula a modo de “significantes enigmáticos”¹, por lo cual se expresa sólo como repetición, dando lugar a la transmisión transgeneracional de las experiencias traumáticas (Daza, Henríquez y Veloz 2005).

Son experiencias de violencia y horror que se viven en la corporalidad, silenciadas y ocultadas por la historia oficial. Sin embargo, quienes las sufrieron exigen que dicha verdad pueda ser narrada e incorporada en la lectura de los acontecimientos de este pasado, cuyas consecuencias pesan en el curso de los acontecimientos actuales y se proyectan hacia el futuro. Por esta razón, las catástrofes sociales: guerra, genocidio, persecución y exterminio, han sido colocadas en el centro

de las preocupaciones de la historia reciente. Se interroga y examina un pasado inconcluso, cuyos efectos a nivel de los sujetos y colectivos tienen resonancia en el presente.

Las luchas por la memoria se dan siempre en el marco de una arquitectura definida por las memorias dominantes, las cuales trazan lo que puede ser enunciado y aquello que aparece tachado sin posibilidad de expresión. Esto hace relevante la pregunta acerca de qué y quienes construyen la memoria, y su imbricación con la historia.

De allí la importancia de reconstruir una historia que recupere la memoria social, que se configure en función de los problemas del presente. Memoria que es construida en el contacto directo con vecinos, compañeros de trabajo, organizaciones sociales, partidos políticos hasta alcanzar la totalidad de la nación. Ello permite dar sentido de continuidad, pertenencia e identidad al colectivo (Halbwachs 1968). Memorias colectivas que no solo se definen al interior de los grupos, están también determinadas por las políticas de memoria, por aquello que se archiva, por los rituales que se instauran, los monumentos que se erigen y las construcciones históricas que se escrutan (Assmann y Czaplicka 1995).

La reconstrucción de la memoria social supone el uso de un paradigma indiciario, es decir, la pesquisa de síntomas y afectos que dan cuenta de una historia, que, aun cuando es reprimida, emite señales en clave que es necesario interpretar. Se trata de dilucidar signos, marcas, síntomas de un pasado que vive y actúa en los sujetos y colectivos (Ginzburg 1995). Por tanto, se encuentran zonas de contacto entre psicoanálisis e historiografía. Ambas

¹ Los Significantes enigmáticos dicen relación con la materialidad de la experiencia vivida en la corporalidad. Signos de percepción abiertos a múltiples significados que no logran ser simbolizados. Son imágenes mnémicas que remiten parcialmente a la experiencia y se inscriben en el psiquismo sin posibilidad de elaboración. Por lo tanto, son del orden de lo inconsciente.

disciplinas no se limitan a construir un relato de acontecimientos, un inventario de lo sucedido, sino más bien buscan construir una historia conceptualizante que dote de significación y sentido a lo ocurrido (Neumann y López 2012).

En esta dirección, cobra especial relevancia la categoría Lieux de Mémoire, construida por Nora (1989); con la cual se alude a una memoria cristalizada que preserva acontecimientos especialmente significativos en los casos de grupos excluidos y/o perseguidos. Se asienta siempre en experiencias sensibles, objetos y prácticas sociales que son objeto de complejas elaboraciones abstractas. Se les inviste siempre con un deseo de recordar; tienen como propósito inmortalizar una experiencia, bloquear el trabajo del olvido. Si bien se apoyan en una expresión material, no son signos cerrados sobre sí mismos, sino más bien abiertos a múltiples significaciones, en constante proceso de mutación y dotación de sentido. Dan cuenta de un vínculo apenas visible entre una memoria frágil y un pasado que, por lo mismo, se nos escapa.

Memoria afectiva y mágica que crea y recrea significaciones imaginarias, ilusiones y utopías que conforman cierta subjetividad. Responde a la necesidad de recuperar cierto saber sobre el pasado, que configuran en el presente la subjetividad y prácticas sociales de los colectivos.

El enfoque propuesto por Nora (1989) se orienta a rescatar la memoria y la historia de quienes habitualmente no aparecen en los grandes relatos de una nación. Es la reconstrucción de una historia ciudadana, particularmente útil para abordar los problemas vinculados a la memoria e historia de catástrofes sociales, que desbordan

los mecanismos singulares y colectivos de contención y elaboración. No se centra tanto en los determinismos políticos, económicos y estructurales, sino más bien en el proceso de resignificación y reconstrucción de las significaciones sociales con relación al pasado. Esta aproximación resulta particularmente apropiada para estudiar la transformación de las subjetividades y el sentido de la acción desde la perspectiva de los propios actores.

A menudo el concepto de subjetividad es referido al mundo interno del sujeto, en oposición a lo objetivo, a la realidad social. Ello da cuenta de visiones dicotómicas que instituyen como separados y opuestos diferentes niveles de la existencia humana. Por el contrario, la noción de subjetividad alude a un campo de problemas que interroga los entrecruzamientos entre lo social-histórico y el sujeto. Permite aproximarse a la comprensión de las dimensiones subjetivas de la política y de la interferencia de lo político en la producción de la subjetividad.

En este sentido, la subjetividad no es entendida como algo inmanente, una esencia interna del sujeto y de los colectivos, sino alude más bien a un proceso de producción de subjetividad que emerge de las prácticas, afectos y lazos identificatorios que construyen los sujetos en el devenir de los grupos a los que pertenece. La producción de subjetividad, entendida como proceso, es la resultante de múltiples inscripciones: políticas, históricas, económicas y sexuales. Es lo que hace posible el despliegue de la imaginación y potencia creadora de los grupos, que inventan y figuran nuevos valores y utopías, crean nuevas significaciones imaginarias sociales que dan sentido y dinamizan los movimientos sociales (Fernández 2007).

Las significaciones imaginarias sociales son esquemas organizadores de sentido que operan siempre en lo implícito, demarcan los modos de ser y existir de los sujetos y las instituciones. No son representaciones del sujeto y del mundo, es más bien el medio que hace posible que las personas sean producidas como sujetos sociales con capacidad para participar en el hacer y en el representar-decir social y, en tal sentido, pueden representar, accionar y pensar de manera compatible y coherente incluso en el conflicto. En tanto universo de significaciones que instituye una sociedad, es inseparable de la problemática del poder, que dice relación no sólo con la organización de jerarquías y disciplinamientos, sino también con la producción de subjetividad en hombres y mujeres (Castoriadis 1993).

La sociedad no instituye su universo de significaciones de una vez y para siempre. En su devenir se despliegan grietas, fisuras, que permiten la emergencia de nuevos organizadores de sentido y de las prácticas sociales que le son inherentes. Ello es posible porque, si bien toda sociedad construye modos de subjetivación que producen sujetos que reproducen y sostienen el orden social, el dominio no es nunca total y completo. Ese resto no sujetado se desplegará en la conformación de colectivos que, a su vez, harán posible la creación de nuevas significaciones sociales.

Una de las funciones de los imaginarios sociales es la organización y el sentido del tiempo colectivo, lo cual modela la memoria social. En este proceso tienen más peso las significaciones imaginarias que se elaboran, que los hechos sociales mismos. Los recuerdos que se construyen sobre el pasado definen, al mismo tiempo, los temores, riesgos, esperanzas y visiones de

futuro. Por tanto, tiene importancia estratégica quiénes y cómo inciden en lo que será olvidado y recordado. A fin de cuentas, la hegemonía política se logra imponiendo cierta versión imaginaria del pasado, con lo cual se proyecta el futuro y se construye el presente. Las luchas por la memoria son también parte de las luchas por el sentido. En ello reside la importancia para la conformación de subjetividad de las políticas de memoria que se juegan desde el poder. Políticas de memoria que harán posible algunas narrativas, mientras otras son condenadas al silencio y/o a una circulación tangencial y marginal.

En este trabajo se analiza en distintas generaciones de pobladores de La Victoria sus producciones narrativas acerca de la historia reciente, y cómo se expresan en ella los mecanismos de disciplinamiento vinculados a la represión política. A su vez, indaga cómo circula una memoria social que hace posible el despliegue de la potencia creadora del colectivo; y, con ello, se preservan valores, modos de relación y prácticas organizativas que se oponen a las estrategias de dominación.

Una de las vías privilegiadas en este análisis es la tensión entre la memoria social (siempre en tensión, antagonismo y recursividad), que construyen los colectivos en la base de la sociedad, y las historias oficiales que se sostienen y reproducen desde el poder.

Para este efecto, es necesario explorar el proceso de reconstrucción permanente y siempre abierto entre la dialéctica del recuerdo y la amnesia inconsciente de sus deformaciones sucesivas, de sus largas latencias y sus repentinas revitalizaciones. Es decir, dilucidar la relación que se establece con el pasado y las funciones que ello cumple en el presente.

Se postula que por largo tiempo la sociedad chilena ha sido disciplinada y sometida a las autoridades de turno, pero, al mismo tiempo, se preservan en estado latente idearios e imaginarios sociales vinculados a lo popular. Se busca explorar las significaciones sociales imaginarias que resisten a la imposición de un saber instituido; interesan también los modos de transmisión de una memoria social que se preserva en los sujetos y en los colectivos.

2. Metodología

Se empleó un enfoque etno-psicoanalítico, que rescata del psicoanálisis su método de indagación sobre la subjetividad y, de la etnografía, su preocupación por los contextos culturales e institucionales. Ello obliga al uso de un enfoque transdisciplinario y complementarista, que examina el hecho social teniendo en cuenta ambas dimensiones, sin negar su autonomía. Se examina su recursividad e interferencia (Erdheim 2003).

El trabajo de campo se realizó en la población La Victoria, ubicada en la comuna Pedro Aguirre Cerda. La historia de esta población condensa en su acontecer la épica trágica de nuestro país. Entre sus hitos más importantes se encuentran la toma de terrenos en 1957 que da origen a la población y al movimiento de pobladores. Además, fue un actor protagónico en el triunfo y gobierno de la Unidad popular.

A pesar de que sufrió una cruenta represión durante la dictadura cívico militar, logró conservar un grado importante de resistencia y combatividad. Al momento de la investigación, entre los años 2014 al 2017, se apreciaba cierta densidad de su tejido social. Sin embargo, el nivel

de organización y movilización se encontraba muy distante de lo alcanzado hasta 1973. Por tanto, en su singularidad puede dar cuenta de procesos más universales (Hammersley y Atkinson 1994).

Se construyeron relatos de vida de 13 personas, hombres y mujeres, de diferentes edades y pertenecientes a diversas organizaciones sociales, cuya actividad participativa cursa en diferentes períodos de la trayectoria de la población: la toma y construcción de la población, la dictadura militar, inicio y desarrollo de los gobiernos postdictadura. Cada una de las personas fue entrevistada en promedio durante 2 horas, se emplearon grabaciones, debidamente autorizadas.

Tabla 1. Descripción de la Muestra

Período	Varón	Mujer	Total
Toma (1957)		2	2
Dictadura 1973-1990	1	2	3
Gob. Concertación 1990-2006	2	1	3
2006 en adelante	2	3	5
Total	5	8	13

Fuente: Elaboración Propia

Además, se revisaron relatos históricos y testimonios producidos por pobladores o por organizaciones de la población. En ellos se relatan, desde sus propias vivencias, los principales acontecimientos acerca del proceso organizativo que hace posible la toma, la

conquista y defensa del territorio, la construcción de la población. También dan cuenta de las experiencias de lucha y movilización durante la Unidad Popular y la Dictadura.

- Grupo de Salud Poblacional (1989). *Pasado: Victoria del Presente*.
- Farias, Guillermina (1989). *Lucha, vida, muerte y esperanza: historia de la población La Victoria*.
- Grupo de Trabajo de La Victoria (2007). *La Victoria. Rescatando su Historia*.
- Lemuñir, Juan (1990). *Crónicas de La Victoria. Testimonios de un poblador*.

Asimismo, se revisaron los siguientes documentales sobre La Victoria; todos disponibles en youtube.cl:

- Las Callampas, del Instituto fílmico de Chile, U. Católica
- Narrando nuestra memoria, de Andrés Montero y Nicole Castillo
- La Victoria I y II, de Gonzalo Justiniano.
- Día del Patrimonio en la Población La Victoria, de Junta de Vecinos de la Población.
- Andrés de La Victoria, de ICTUS
- La Victoria Murales, 58 año aniversario, de Señal 3.

Para el análisis, se empleó el enfoque de la *grounded theory*, es decir las categorías de análisis devienen de la lectura y sistematización del material de campo (Hammersley y Atkinson 1994). Se tomaron los resguardos éticos universalmente aceptados por la comunidad académica.

3. Construcción de la subjetividad popular: del Zanjón de la Aguada a La Victoria

El 30 de octubre de 1957 los pobladores del Zanjón de la Aguada dieron origen a la toma de La Victoria. Durante más de 10 años habían recurrido a diversos organismos para resolver su problema habitacional, sin que

sus demandas fueron escuchadas. Provenían de sectores informales de la economía, con empleos precarios y, a menudo, cesantes; sus bajo salarios les impedían arrendar, lo que los obligaba a ocupar sitios eriazos. El detonante fue un voraz incendio, que los movilizó a ocupar los terrenos de Lo Valledor y La Feria, que se les venían prometiendo hace mucho tiempo. En el proceso de conducción de la toma confluyeron dos actores; los propios pobladores y los mediadores con el gobierno: la Iglesia Católica y los Partidos Políticos de Izquierda agrupados en el FRAP (Partido Comunista y Partido Socialista). La toma fue ampliamente apoyada por diversas acciones de solidaridad². Esto obligó al presidente Ibáñez a desistir del desalojo.

Los entrevistados señalan que el alto nivel de organización alcanzado fue posible por la llegada al lugar de obreros con experiencia sindical y política, que promovieron la formación de comités de “los sin casa” y su agrupación en el Comité Relacionador del Zanjón de la Aguada. Jugaron allí un rol partidos de izquierda formados al calor de las luchas populares, que incidían en el movimiento social desde dentro, y no como un poder externo

Una de las consignas que movilizó a los pobladores fue “Trabajar sin transar ni descansar, hasta la casa conquistar” (Farias 1989). En ella se condensó el rechazo a una situación que se hacía intolerable y la decisión de no aceptar soluciones parciales. Era la presencia de la imaginación colectiva, la cual emerge como resultado del proceso colectivo de autogestión, liberando la potencia deseante. Por tanto, no

² La CUT, que celebraba su primer Congreso, emitió un voto de apoyo a la toma. La Federación de Estudiantes de Chile (FECH), realizó diversas acciones de apoyo a los pobladores.

se limitaron tan sólo con soñar un futuro, sino que se movilizaron en pos de su realización. Ello permitió también la construcción de una subjetividad rebelde, que revirtió estrategias biopolíticas que construyen sujetos obedientes y sumisos a la autoridad. Se apropiaron del acto poder³; actuaron al margen de la legalidad y, al mismo tiempo, fueron capaces de interpelar al Estado para acceder a una vivienda digna. Se gestaron vínculos sociales y grupales que brindaron el sostén necesario para enfrentarse al Estado y los límites que se les imponían.

Siguieron pasando los días y no había solución a los problemas, la tensión aumentaba. Finalmente, motivados por la desgracia del incendio, se realizó una reunión que fue la definitiva. Desde ese momento se dio la fuerza que nace del agotamiento, ese momento en que los seres humanos maltratados comienzan a sudar helado y a escupir sangre, reventados de la impotencia. La organización estaba, la miseria los unía; el objetivo era uno: tierras para vivir (Juan Lemuñir 1990).

Se pasó de la desesperanza que se vivía en forma solitaria, a la fuerza y energía que produce la rabia e indignación compartida, como consecuencia de tanta injusticia; sentimientos que se incrementaron con los resultados del voraz incendio del 26 de octubre que afectó a 200 familias. Se vivió el tránsito desde la pasividad y sumisión, a la acción directa y la rebeldía. En este proceso se construyó colectivo y se fue gestando una subjetividad ligada a lo popular.

3.1. La Toma: relato mítico y épico

La toma fue planificada en tan solo 2 días, su anuncio se hizo en el mismo día. El alto nivel de precisión y coordinación alcanzado fue resultado de un sistema rizomático de organización. Es decir, una red interconectada de personas, grupos y colectivos que confluyen y se retroalimentan mutuamente haciendo posible la rápida circulación de ideas y afectos. Los liderazgos, cambiantes y móviles, emergen según las necesidades y circunstancias. Esto permite la expresión de la potencia deseante, de la capacidad de acción e invención; con una fuerza e intensidad muy diferente a la que se expresa en formas de agrupamiento más verticales y jerárquicas.

En el registro de sus protagonistas la toma es un mito heroico, los instituye como pobladores conformando su subjetividad y dando sentido a sus prácticas. Opera en el orden de lo inconsciente, configurado identificaciones narcisistas asociados con la valentía, arrojo, convicción, lucha y heroísmo. Es también un acontecimiento histórico, da inicio al movimiento de pobladores. En los relatos se aprecia una intensa carga afectiva y se destaca el heroísmo y resistencia de los que se arriesgaron para conseguir la casa propia.

Son estas identificaciones las que hicieron posible transitar desde una masa demandante, que ejercía el derecho a petición a través de los parlamentarios, para transformarse en grupos altamente organizados y conscientes de sus derechos. Esto permite que se constituyan como un movimiento que, actuando al margen de la legalidad y por medio de la fuerza, obtenían aquello que el modelo les negaba. Es el germen de un poder popular que cuestionaba el inocuo

³ Según, Mendel (1993), la apropiación del acto poder implica que el sujeto es consciente del proceso por el cual transforma la realidad, así como de los resultados que aspira a lograr. Ello requiere la superación de la culpabilidad inconsciente vinculada a los mandatos super-yoicos, que se proyectan en las figuras de autoridad.

derecho a petición, que hace de los sectores populares una masa pasiva frente a los poderes del Estado.

Es a partir de esta experiencia que se constituye su identidad como pobladores. Es un relato fundacional que marca y produce una subjetividad que los libera de la condición de callamperos. Dejaron de ser sujetos despreciados y al margen de la sociedad, para transformarse en protagonistas de su historia.

Nadie pensaba que esa noche, esa madrugada y ese día sucedería algo inolvidable para cada uno de ellos y para millones de otros seres. La primera ocupación de terrenos en América Latina, una verdadera hazaña ante la amenaza de desalojo a sangre y fuego [...] Es la continuación de una historia sin final, porque el espíritu de lucha incansable que nos dejaron como herencia nuestros padres nos harán seguir adelante. La vida de la población se transmite de padres a hijos (Juan Lemuñir 1990)

Se modelaron fuertes lazos identificatorios con el territorio y entre los sujetos que emprendieron esta acción colectiva. Se unificaron en torno a valores vinculados con la lucha y la solidaridad. Los pobladores han transmitido de generación a generación este recuerdo heroico, que hizo posible no solo el espacio para construir la casa propia, sino también la inauguración de una nueva forma de hacer política, que obliga al Estado a garantizar los derechos de los sectores populares.

Los pobladores transitaron desde el lugar del excluido y devaluado al lugar de sujeto que construye su historia. Sin duda, los movilizaba la ira y la impotencia frente a las condiciones indignas de existencia, pero también la fuerza que brinda la utopía de construir una sociedad más justa y solidaria. Utopía que no sólo tiene sentido de futuro, sino que también permea y modela el lazo social en el presente. Este

relato fundacional impregna la subjetividad de los victorianos con los ideales de justicia, solidaridad y defensa de los derechos humanos.

3.2. Autogestión y producción de subjetividad

Los pobladores inventaron sus formas y modelos; planificaron y gestaron su existencia según sus propios valores. La insistencia en el empleo de los medios propios los confrontó con el empleo de los canales institucionales. Ello les permitió crecientes grados de autonomía, evitando la sujeción a poderes externos al movimiento. Así, evitaron que se les definiera a priori qué es lo que podían o no pedir, que es lo que debían o no realizar.

En paralelo cursó la autoorganización y establecieron los dispositivos apropiados que precisaban para la construcción de su población.

En el marco de dispositivos grupales se elaboró y resignificó la marginalidad. Esto permitió tomar distancia crítica con representaciones sociales homogeneizantes, que colocaban a los pobladores en el lugar de lo excluido y devaluado. Tanto las condiciones de vida en el Zanjón de la Aguada, como la relación de caridad que establecían con ellos los grupos vinculados al poder, los denigraban como sujeto. En el acto caritativo se da aquello que sobra a quien no sólo no tiene, sino a quien -además- es colocado en una posición devaluada. Son prácticas que instituían relaciones de desigualdad y subordinación. Por tanto, se construían modos de relación que generaban enunciados identificatorios que hacían de los pobladores, personas con existencias limitadas y carentes de sentido, cuya vida se agotaba en la mera sobrevivencia. Reducidos a existir y poblar

un territorio, se conformaba una subjetividad basada en la carencia y la impotencia.

La inclusión activa en la organización y desarrollo de la población hizo posible la elaboración de traumatismos sociales, derivados de la exclusión. La pobreza y precariedad de la existencia es una amenaza, tanto a la autoconservación como a la autopreservación del yo. Ello produce quiebres y fracturas importantes en el psiquismo, al destruirse los soportes materiales y simbólicos del narcicismo⁴. Se traduce en un presente vacío y en un futuro que no es posible de ser investido con ilusiones, esperanza y progreso.

Al organizarse en pequeños grupos de personas, cuyo problema principal era la vivienda, se recuperaron como seres humanos, les permitió compartir, intercambiar sus problemas y alegrías. Fue un espacio donde pudieron expresar lo humillante que es la relación como allegados o lo miserable, que era, el sobrevivir a orillas del Zanjón, sumergidos en hoyos como si fueran topos. Los comités se transformaron en eslabones de una gruesa cadena humana [...] que empezó a observar críticamente la realidad en que vivían y se sintió estimulada a emprender pasos para transformarla (Grupo de Salud Poblacional 1989).

La distribución de tareas y la planificación de la población potenció y consolidó el despliegue del acto poder. Se instituyen como movimiento con capacidad de crear y transformar la realidad social. Y ello hizo posible la recuperación de la valía y potencia colectiva. La autogestión es, al mismo tiempo, un espacio de conocimiento y comprensión de su realidad sociopolítica.

Desde esta experiencia lograron develar las contradicciones de la sociedad de la época y el fracaso de las políticas desarrollistas impulsadas por los gobiernos de turno. La nueva realidad

⁴ Es decir, el sujeto atrapado en la lucha por la sobrevivencia pierde toda suerte de referentes identificatorios que sostienen su amor propio, valoración de sí mismo y el reconocimiento de su dignidad y derechos.

construida produjo cambios radicales en su posicionamiento subjetivo. Se transitó desde la posición devaluada de callamperos a la de ser sujeto popular, es decir, un actor protagónico de la historia. Un rasgo característico de este proceso fue la identificación con el nosotros, es decir, reconocerse como grupo humano que se identifica con un territorio y problemáticas compartidas. Se construye una subjetividad compartida: ser poblador de La Victoria.

4. La Victoria en dictadura

4.1. Lo ominoso⁵: el 11 de septiembre

La dictadura tuvo como propósito principal la destrucción del sujeto popular y sus redes organizativas. Se aplicó una política represiva, basada en principios propios de la guerra psicológica. Se pueden distinguir tres períodos principales: una Política del Terror, una Política de Amedrentamiento y la Política de Impunidad: Cronificación del Terror y sus efectos.

La violencia empleada y los grados de残酷idad observado durante la fase de Terror (1973-1978), buscaban aniquilar un movimiento social histórico que se había venido gestando desde inicios del siglo XX en adelante. Se trababa de exterminar sus representantes, así como el soporte material de partidos y organizaciones que lo hacían posible. Para este efecto, junto con una serie de bandos represivos, se implementó una política del Terror, cuyo propósito fue infundir un miedo intenso, paralizante, de

⁵ Algo familiar de antiguo a la vida anímica, sólo enajenado de ella por el proceso de la represión. Variedad de lo terrorífico en lo que algo extraño, infamiliar se hace presente en lo familiar. Aquello que, estando destinado a permanecer en lo oculto, ha salido a la luz (Freud, 1919).

profundo impacto de desintegración del sujeto y del tejido social. Estuvo siempre asociada a la amenaza vital, a la muerte. En este período se producen la mayoría de los asesinatos y desapariciones de opositores, que alcanza a las 2.678⁶ personas. En total se produjeron, en menos de 5 años, 2.549.857 casos de violaciones a los derechos humanos (Orellana 2015). La masividad y sadismo con que se reprimió a la población ha sido conceptualizada como traumatismo extremo.

Pobladores entrevistados -que vivieron el golpe militar como niños, jóvenes o adultos-, refieren haber sido testigos de acontecimientos represivos de enorme crueldad. Es un acontecimiento que los tomó por sorpresa. En ello influyó, no sólo el carácter abrupto e inesperado del Golpe Militar; sino también la magnitud de la violencia padecida. Súbitamente la vida cambió, perseguidos y humillados, fueron testigos del despojo y la pérdida de las conquistas alcanzadas. Son relatos en los que no se profundiza, la pesadumbre y melancolía por lo arrebatado se vuelven a experimentar.

¡Lloraba! Lloraba ese caballero, y dijo: "Váyanse al tiro a sus casas porque los pueden hasta matar". Nos devolvimos a pie. ¡Eran Puros muertos por la calle! Y eso nunca se me ha borrado de mi mente. (Ester, 63 años, 20 años para el Golpe Militar).

Son recuerdos lejanos en el tiempo, cuyo recuerdo e impronta emocional siguen presentes. Al relatarlos se reactivan las secuelas traumáticas, con su carga de horror y dolor. Las calles fueron copadas por fuerzas militares, se disparó y ejecutó a cientos de personas. Numerosos pobladores sufrieron el allanamiento de sus viviendas y fueron detenidos. Se persiguió

a los párrocos de la población. Ello mostró que nadie estaba a salvo, lo cual causó reacciones de espanto. A ello se agregó la persecución en los espacios laborales. Súbitamente, el sólo hecho de ser simpatizante o militante de la Unidad Popular transformaba a las personas en seres proscritos, que podían ser detenidos, torturados o hechos desaparecer.

Se ha insistido reiteradamente en la necesidad de olvidar. Se intenta instalar a nivel de la opinión pública que la violencia y represión son hechos lejanos, que afectaron sólo a unos pocos. Sin embargo, en el relato de los pobladores es posible apreciar cómo la represión afectó a todos, ya sea como perpetrador, víctima o testigo. Las experiencias de los sectores populares son negadas, más no por ello dejan de existir. Siguen en la memoria de quienes la vivieron, disciplinando los cuerpos y conformando su subjetividad. Sumidos en la desesperanza los sujetos se replegaron a su ámbito privado y familiar.

Estábamos derrotados...Pasaron los días y La Victoria seguía acordonada, seguían los arrestos...Pasaron los días y seguían habiendo detenidos. Las organizaciones sociales y políticas se disolvieron. Todos los días venían a detener personas (Juan Lemuir 1990).

El golpe militar significó no sólo la imposición del miedo y la sospecha, sino dio paso también a múltiples pérdidas: el derecho a expresarse libremente, a pensar, a compartir y dolerse junto al otro. Se pasó de ser protagonista de la historia, a ser perseguido, reprimido y humillado. Más aún, se perdió un gobierno elegido constitucionalmente, triunfo que fue posible después de largos años de lucha. Ello implica un proceso de duelo, que ha permanecido congelado en el tiempo como consecuencia de la impunidad.

4.2. La política de amedrentamiento

Una vez logrado el disciplinamiento y destrucción del tejido social, se instauró una política de amedrentamiento, cuyo propósito fue mantener un estado permanente de temor e incertidumbre. Lo esencial de esta política se caracterizó por la puesta en práctica de acciones represivas violentas y súbitas, que evocaban en lo subjetivo las experiencias traumáticas de los primeros años del régimen. Estas acciones eran mostradas y exhibidas para acentuar su efecto ejemplarizador, y al mismo tiempo desconfirmadas y ocultadas por la versión oficial, lo que acentuaba su carácter incierto.

Se advierte en el relato de los pobladores, que en algunas ocasiones fueron testigos o supieron de la detención de sus vecinos. Presenciaron aterrizados el allanamiento, observaron impotentes cómo se destrozaba el inmueble y se golpeaba y humillaba a todos los integrantes de la familia. El escarmiento violento y brutal a quienes se opusieron a la dictadura fue una experiencia altamente traumática no sólo para la familia que fue objeto de allanamiento, sino también para quienes tuvieron que presenciar tanto horror y violencia.

Él salió a trabajar un día, y no volvió en la noche. ¡No apareció! Yo no hallaba que hacer, a quien preguntar. Sabe que llegó y no hablaba, venía muy pálido. [...] Lo quemaron con cigarros, le pusieron corriente, le hicieron hertas barbaridades y yo nunca supe. Yo creo que eso a él lo cambió. Después no fue el mismo. Le dijeron que si decía algo lo iban a matar a él y a la familia. Venía a esconderse porque si no lo iban a matar. Lloraba como un niño chico “no le diga a nadie, no le diga a nadie” que nos van a matar (Ester, 63 años, 20 años para el Golpe Militar).

El efecto intimidante de la tortura fue reforzado con la práctica del amedrentamiento. Varios de los pobladores con activa participación en

las organizaciones sociales del territorio fueron seguidos y amenazados con la detención, tortura y muerte. Se calcula que entre 1977 a 1988 más de 7.327 personas fueron objeto de seguimientos y amenazas (Orellana 2015).

A pesar del clima imperante, desde los inicios del gobierno militar, los pobladores fueron capaces de organizarse y resistir. Las formas de participación fueron diversas, tanto en partidos políticos de izquierda como en organizaciones sociales de distinto tipo: grupos cristianos de base, organizaciones ligadas a la sobrevivencia (bolsas de cesante, comprando juntos), organizaciones de autodefensa.

Ello fue posible por la existencia de una subjetividad popular, impedida de expresarse, pero profundamente arraigada en los pobladores. Su fundamento es la pertenencia al territorio conquistado y construido gracias a la acción colectiva de los pobladores, lo cual desarrolló un denso tejido social que logró subsistir y resistió la violencia ejercida

El ethos construido en torno a los valores de justicia y solidaridad se expresó activamente en el curso de las protestas, en las cuales, con distintos niveles y modalidades, se implicaron activamente prácticamente la totalidad de los pobladores.

Algunos se enfrentaron directamente con las fuerzas policiales, otros curaron a los heridos y varios de ellos abrieron sus puertas para ocultar a los que eran perseguidos. Se reeditaban prácticas históricas de luchas y resistencia que se construyeron al calor de la toma de la población. Sin duda, un foco de resistencia que expresó la oposición del pueblo a una dictadura cruenta y brutal.

En el curso de las protestas nacionales la población fue duramente reprimida. Furgones se desplazaban a toda velocidad por las calles, disparando y lanzando bombas lacrimógenas, golpeando e hiriendo a los manifestantes. Muchos de ellos fueron asesinados. Fue también una práctica habitual el allanamiento de todas las viviendas, durante los cuales los pobladores eran golpeados, vejados y humillados. Esto se acompañaba con la detención durante largas horas de los varones de más de 18 años, que debían permanecer a la intemperie durante largas horas, de pie, expuestos al calor y el frío.

En la tarde los militares no se detuvieron, entraron continuamente a la población hiriendo y golpeando a quien se encontraran a su paso, a otros les cortaban el pelo con sus yataanes. [...] Hacia las 10 de la noche ardían grandes barricadas y se sentían ráfagas de metralletas y disparos de fusiles (Juan Lemuir 1990).

Amplia conmoción suscitó el asesinato del sacerdote Andre Jarlan, herida que permanece abierta a pesar del tiempo transcurrido. Hasta hoy se experimenta rabia, indignación e impotencia frente a tanta arbitrariedad e injusticia, como fue la muerte de André y de tantos otros que corrieron igual suerte, por el sólo hecho de pensar distinto. Su muerte sacó del anonimato a decenas de pobladores asesinados en las protestas, cuando ya la violencia imperante parecía haber anestesiado a los chilenos frente al horror.

Los relatos y testimonios de la represión ejercida en contra de los pobladores de La Victoria muestran con total claridad cómo el haber sido testigos de la violencia dejó profundas huellas en la subjetividad. No es necesario haber sido detenido y torturado, o tener un familiar asesinado y/o hecho desaparecer; ser parte de los sectores populares los expuso a la represión,

al actuar brutal y sádico de las fuerzas policiales y de los organismos de seguridad.

Por lo general, se aprecia que los relatos de los pobladores carecen de temporalidad, lo cual da cuenta de que, desde la experiencia subjetiva, se vivió una prolongada e ininterrumpida escena de persecución y violencia. Ello da cuenta de un estado de terror generalizado que paralizó y sobrecogió, que se vivió sin tiempo y sin descanso.

Las consecuencias de este traumatismo extremo se advierten en la autocensura, en las omisiones en los relatos y en el ocultamiento de las simpatías y militancias políticas. No es fácil confiar en el otro y en el vínculo se anticipa siempre la sospecha.

Son historias de violencias y humillaciones que perduran hasta el presente y de las cuales es difícil desprenderse, pues no han existido espacios de reparación y contención del daño, ni mucho menos de justicia que dignifique a quienes fueron violentados y perseguidos. Más importante aún es que, a pesar del retorno a la democracia, no se ha logrado el nivel de organización que existía previo al golpe militar.

5. Los gobiernos posteriores a la dictadura

En los pobladores se aprecia rechazo y desencanto con los gobiernos posteriores a la dictadura cívico-militar. Las críticas aluden a su sometimiento frente al poder de las fuerzas armadas y los empresarios; así como a su incapacidad para implementar políticas que respondieran a las demandas de los sectores populares. En especial, existe decepción por los magros resultados en derechos humanos. A

ello se agregan los escasos avances en materia de justicia social y equidad. El término de la dictadura cívico-militar no tuvo como resultado un cambio real en sus condiciones de vida; por el contrario, fueron nuevamente marginados y postergados.

5.1. La impunidad

A nivel subjetivo, la impunidad se constituye en una nueva forma de violencia, da cuenta de la escasa valoración de sus vidas y sacrificios, al mismo tiempo que tiñe con un manto de inutilidad las luchas sostenidas. Especial impotencia e indignación causan los esfuerzos políticos y diplomáticos desplegados por los Gobiernos de la Concertación, para impedir que Pinochet fuese sometido a proceso por el juez Baltasar Garzón.

La ausencia de justicia confirma una vez más la indefensión de las víctimas frente a los autores materiales e intelectuales de las violaciones a los derechos humanos. La no sanción a los culpables, el desconocimiento de cómo ocurrió y qué fue lo que hizo posible tanto crimen, hacen del dolor, el desamparo, la humillación y la impotencia vivencias que no pueden ser elaboradas y perduran en el tiempo. Deja a las personas sometidas a la violencia del más fuerte; lo social se fractura en posiciones irreconciliables de dominador/dominado, que no se enuncian, pero operan estructurando y regulando los intercambios.

No se han resuelto, ningún de los casos de detenidos desaparecidos que hay de esta población. ¡Ah! (quejándose). [...] Luchamos para nada, peleamos para nada. Nuestra vida ha valido ¡nada!, lo dimos todo por cambiar la realidad y aquí quedamos (Pedro, 62 años, 19 para el Golpe Militar).

Cabe recordar, que quienes fueron objeto de la represión política, lo fueron en tanto representantes de un proyecto histórico de raigambre popular, que buscaba transformaciones radicales de la sociedad chilena. El castigo fue violento y ejemplarizador, buscaba destruir todo germen de rebeldía. Experiencias del orden de lo real que ejercen una función estructurante de la subjetividad. Las consecuencias de la violencia no pueden ser tramitadas y se expresan en la cronificación de la desesperanza, la pérdida de solidaridad y debilitamiento del tejido social.

La esperanza en el porvenir que sostuvo la resistencia en contra del Terrorismo de Estado fue paulatinamente desdibujándose en el concierto de una justicia en la medida de lo posible. Gradualmente, se instala la creencia de que no es posible transformar las relaciones de poder y construir una sociedad más justa. Ya no se está dispuesto a arriesgar la seguridad y existencia, en función de proyectos colectivos. Los costos sufridos han sido excesivos y los resultados exiguos. En este contexto cunde la decepción y la frustración. Las personas cansadas y derrotadas abandonan toda forma de participación.

5.2. Conformismo y subordinación al modelo neoliberal

En el pasado se logró sostener una lucha épica, que conllevaba riesgos vitales importantes. Sin embargo, hoy en día, muchas de las organizaciones se han debilitado, y cunde la apatía y el desinterés por el trabajo colectivo. En los relatos se advierte la cronificación de los efectos traumáticos del terror; lo que refuerza fantasías de que los sectores políticos vinculados a la dictadura conservan aún un poder omnímodo.

Cabe preguntarse también, por el peso de las políticas públicas. Modelos de intervención que compensan a través de diversos bonos la exclusión social y, con ello, se promueve la apatía y la resignación sumisa. Nueva versión de la caridad que coloca al poblador en una posición de inferioridad, de sujetos devaluados y sin derechos. Se reactivan huellas de identificación que arrasan con la subjetividad rebelde que caracterizaba a los pobladores de La Victoria. Desde ese lugar, no les queda si no esperar las ayudas con resignación y humildad. Esto destruye un ethos basado en la dignidad y los derechos. Los pobladores son colocados en una posición de sometimiento y subordinación, de lo cual deben estar además agradecidos. Se instala el fatalismo y la dependencia a lo que la autoridad pueda entregar.

El ethos basado en la solidaridad, justicia y participación en la construcción de la sociedad se desvanece, dando paso a un mundo desencantado en el que predominan los intereses personales. La educación, significada como bien privado, y el consumo, hacen posible la identificación con otras clases sociales. Lo popular aparece desvalorizado, devaluado. En el pasado reciente la identificación con la clase obrera y campesina, con los pobladores, pensados como motor del cambio y la historia, era vivida con profundo orgullo. Por el contrario, en la actualidad se lo asocia con marginalidad y delincuencia.

El consumo, el individualismo, la competencia y rivalidad sustituye el lazo fraternal y el sentido de lo colectivo. Las personas focalizan sus esfuerzos en el acceso al consumo, que es vivido imaginariamente como medio de integración social; y con ello se pierde la solidaridad y el tejido social. Este rechazo a

la alteridad, a la importancia de lo colectivo, se traduce también en una inhibición de la capacidad crítica y reflexiva. El sujeto aislado, desconectado de otros, internaliza y naturaliza los mensajes del sistema. La disolución del lazo social y la serialidad del sujeto, producen un vacío existencial que es colmado ilusoriamente con la adquisición continua y renovada de nuevos objetos. La identificación con el otro y el territorio se desvanece, la subjetividad popular se difumina.

5.3. Continuismo en las políticas represivas: debilitamiento del tejido social

La impunidad impidió la condena efectiva a los métodos represivos empleados durante la dictadura cívico-militar. Por tanto, se continuaron aplicando a quienes resistieron la política de los consensos. Los efectos traumáticos de la violencia no se sostienen sólo en la fantasía, es también una realidad vigente y actual.

La残酷 desplegada sobre quienes fueron sindicados como terroristas en la cárcel de alta seguridad, se encuentra ampliamente documentada en el libro “Rebeldía, Subversión y Prisión Política” de Rosas (2013). Lo importante aquí, es que ello da cuenta de una política represiva que persigue reeditar el terror de los primeros años de la dictadura militar y hace uso de la cronificación de sus secuelas traumáticas.

Para quienes vivieron siendo niños las protestas de los años 80, la desilusión es total, se soñó en un mundo distinto y con la posibilidad de ocupar un lugar protagónico en la historia. En el curso de la transición nada de ello ocurrió. Intentaron inútilmente conservar cierta tradición de lucha y resistencia, pero ello se vio impedido por la destrucción del tejido social que las sustentaba.

Uno de los recursos más empleados fue la infiltración y la delación. Se instaló la desconfianza y la sospecha. Viejas rivalidades se vieron exacerbadas y las diferencias entre quienes van a adherir la Concertación y quienes optan por mantenerse al margen se transformaron en insalvables. Quiebres y fracturas que perduran hasta la actualidad. En un contexto de debilitamiento de la organización social, la fragmentación y oposición entre los mismos pobladores contribuye a debilitar aún más el tejido social.

Es una generación golpeada, porque se queda desarmada, huérfana..... Huérfana de referente, huérfana de partido, huérfana de instrucción, huérfana de formación. Gente que hizo acciones milicianas ya infiltrados, en que el jefe era un tipo de la oficina de seguridad y que te mandaba a la carnicería para justificar su pega (Ricardo, 40 años, nace en 1975).

La infiltración, amparada por partidos políticos de la Concertación, puso término a la unidad natural que se daba entre los vecinos. Unidad que hacía posible que aquellos que no eran partidarios del empleo de acciones de autodefensa, prestasen ayuda a los heridos o protegieran a los perseguidos. Se instaló el recelo, la desconfianza y la sospecha. Con ello, se debilita gravemente al movimiento popular, que había sido capaz de albergar las expresiones más diversas de descontento. Y con ello se destruyen prácticas sociales y organizativas que sustentaban la subjetividad popular, que daban fuerza, sostén e identidad al movimiento.

5.4. Del desencanto a la evasión

En ausencia de proyectos colectivos la participación pierde sentido. Se abandona la organización social y las personas son más permeables a mensajes identificatorios asociados

al consumo y el exitismo. En un contexto de precariedad y marginación, en el cual no es posible educarse y acceder a un trabajo digno, las actividades ilegales y el narcotráfico se transforman en opciones posibles. No son pocos los jóvenes pobladores que se inician en el consumo de drogas y pasan a formar parte de las redes de narcotraficantes.

Los entrevistados refieren que este problema se hace notorio a partir de la década de los 80. Muchos de ellos señalan que obedece a una estrategia diseñada para fomentar la drogadicción y desvincular a los pobladores de las organizaciones y de la lucha social. Todo esto va descomponiendo una subjetividad vinculada a una ética de la disciplina, el trabajo, la educación y la cultura, que había caracterizado a la población. El ambiente se torna violento, asfixiante. Son infiltrados por el narcotráfico y cunde la violencia. Llegan otros excluidos, los migrantes. La población se aproxima más a un ghetto marginal, que a la imagen de una Victoria heroica y resiliente.

6. Dispositivos de memoria: Ser chileno es un honor. Ser victoriano es un privilegio de pocos

A la memoria hegemónica se le opone una memoria rebelde, silenciosa, en los márgenes. Transmisión oral, privada y a veces también pública. Los pobladores construyen sus rutas de memoria, se recuerda a sus víctimas como sujetos vivientes, portadores de idearios y utopías. El acento está puesto en lo colectivo, en su pertenencia a un movimiento popular que se intentó destruir. Los torturados, muertos o desaparecidos, son vividas como pérdidas significativas. Sin embargo, no se los recuerda

como víctimas sufrientes; sino más bien como personas que lucharon por justicia y libertad.

Resignificar la memoria, en la misma práctica de la organización, porque esa es como “hacerla carne”. Por último, si vas a hablar que hubo muertos en dictadura, porque La Victoria fue muy golpeada en dictadura, no quedarse con eso. Sino que con que por qué ellos fueron castigados, porque ellos soñaban con un proyecto político de país distinto, que ahora tampoco está. Entonces, seguir con ese sueño, con esos ideales, hasta cuando de verdad exista una sociedad más justa (Amanda, 24 años, nace en 1991).

Son pérdidas que se inscriben, además, en la historia de la población, en la conformación de un movimiento popular que fue protagónico y que dejó una huella y marca a nivel singular y colectivo. Historia que constituye un reservorio ético-político, de allí la obligación de preservarla y transmitirla a las nuevas generaciones. Es también la insistencia en mantener organizaciones sociales de base que educan y forman en valores relativos a la disciplina, la ética, la visión crítica al sistema y la necesidad de su transformación social.

La preservación de la memoria histórica local -de sus luchas, derrotas, mártires y héroes-, inscribe a los sujetos en una continuidad temporal de la cual forman parte. Recrea y reactualiza un ethos compartido, creando enunciados identificatorios y sentido de pertenencia. Se crea así un referente simbólico de subjetividad popular que los posiciona como actores protagónicos de la historia.

En la actualidad, la aniquilación del sujeto popular no es física, sino simbólica. Se instalan lógicas y valores propios del modelo neoliberal. De allí la importancia de la instalación de prácticas y espacios que se orienten precisamente al rescate y valoración del sujeto popular. Es una batalla de todos los días, que busca la

construcción de una subjetividad distinta, que escape de las coordenadas que se imponen desde el poder.

Las calles de la población están plagadas de murales -que junto con preservar ideales democráticos y populares-, recuerda y dignifica la lucha reciente de nuestro pueblo por recuperar la democracia. Ello hace posible la reconstrucción de una historia silenciada, que en la medida que es evocada grupalmente, adquiere estatuto de legitimidad y al mismo tiempo otorga sentido de pertenencia e identificación. Registros gráficos que mantienen viva la memoria sobre movimientos sociales rebeldes, que aspiraban a una salida efectivamente democrática. A su vez, se rebelan y confrontan con los modos tradicionales de hacer política.

Mural- mosaico: Homenaje a los caídos en la Población La Victoria en Dictadura



Fuente: Archivo Susana Cárcamo, en doc.player

Los murales son registros figurativos, abiertos a múltiples sentidos, que cuestionan el relato construido desde el poder, que omite la lucha y sacrificios del movimiento popular. Es siempre una acción colectiva, en la cual la participación

de los pobladores no se limita a la actividad concreta, sino que implica también recordar entre varios. Historia de lucha popular inscrita en los murales, recuerda, evoca, educa en las luchas sociales y políticas; incitando a la organización y al cambio social.

No se pintaba por pintar cualquier cosa, sino que tenía todo un trasfondo, se entregaba un mensaje. Tenía un método de trabajo. No se llegaba a cualquier población y se pintaba lo que uno quisiera. Se trabajaba con la comunidad, que ella se sintiera parte del mural, se invitaba a ellos a pintar. Entonces se trabajaba el tema de la identidad, que era mucho más que ir y pintar. Se pintaban demandas sociales y se trabajaba la identidad (Amanda, 24 años, nace en 1991).

Los ritos conmemorativos son también dispositivos de memoria y producción de subjetividad. Todos los 30 de octubre se recrea la toma de terrenos. Los pobladores levantan rucas, hacen ollas comunes, exhiben fotografías. Los jóvenes escuchan extasiados los relatos épicos de lucha, resistencia y solidaridad. Es una historia que moviliza pasiones, afectos, identificaciones que colocan en el centro la emergencia y el sueño de un poder popular, capaz de organizarse para exigir la restitución de los derechos conculcados. Su origen mítico se inscribe en la subjetividad de los victorianos y al mismo tiempo la produce. Subjetividad que se singulariza en el territorio, y que escapa de los modos de control homogeneizantes que se ejercen desde el poder.

La experiencia transmitida de generación en generación acerca del proceso de construcción de un poder popular en germen, capaz de arrebatar al Estado lo que éste le niega, sostiene y preserva el Ethos popular. En las sucesivas generaciones se transmite esta historia de lucha y rebeldía frente a la opresión, produciendo una subjetividad que sostiene la oposición en contra

de lo establecido y la injusticia. De allí la lucha radical en contra de la dictadura.

Acá nace la primera toma de Latinoamérica. Creo que por ahí pasa mucho de esta rebeldía. Ahí comienza esta batalla, comienza esta lucha desde siempre, desde ese primer día, desde ese primer 30 de octubre. [...]. Yo participo hace harto tiempo, hay una continuidad en torno a lo que fue tomarse terrenos, tener esta rebeldía, de que no nos dieran nada, sino de buscar las cosas, de no acostumbrarse a lo establecido (Luis, 25 años, nace en 1990)

Esto hace posible que se conserven espacios de organización y participación, que rearticulan progresivamente el tejido social, los moviliza la convicción y la esperanza de una sociedad más justa y solidaria. Desde ese lugar preservan una memoria vinculada a la justicia, a la defensa de los derechos humanos, a la dignidad. Memorias subalternas, sin lugares claros de enunciación, pero que persisten a pesar de la adversidad y el tiempo transcurrido. Se sostienen en la transmisión oral y en la preservación del mito de origen, que da sentido y configura la subjetividad popular de ser y pertenecer a La Victoria. Paulatinamente, se va reconfigurando cierto sentido de pertenencia de identidad.

Son formas de participación que se instalan en los márgenes, que se oponen a los pactos y consensos que excluyen a los sectores populares, y que reducen la política a la mera lucha electoral. Son estrategias de más largo plazo que se orientan hacia el empoderamiento y construcción del sujeto popular.

Crean y desarrollan diversos dispositivos que van conformando nuevas subjetividades, que contrarrestan los valores dominantes. Son iniciativas locales, que progresivamente van reconstruyendo el tejido social que caracterizó a La Victoria. Se crean organizaciones que colocan

en el centro la preocupación y el cuidado del otro, donde lo colectivo adquiere preeminencia por sobre el individualismo. Así, se contrarrestan opciones del modelo que promueven el éxito personal y el consumo. Son propuestas y acciones que buscan la recuperación de un sujeto popular, que tiene raíces y sentido de la historia. Es una lucha de largo plazo que intenta generar redes, resistencia, con una clara opción por los de su propia clase y que se opone a los designios del poder.

Yo creo que ahí hay una pelea, pero que al final no podemos dar tan drásticamente como en otro tiempo [alude a la dictadura]. Sabemos que en muchas de las materias a nivel país está la embarrada. Antes la gente era más peleadora, había un sistema opresor que te mataba, pero aquí te van matando más lento, te van encerrando en 'vivir tu vida', en 'arréglatelas tú'. Esta es la batalla, hacer despertar a la gente que no se acostumbra al sistema. Tratar de cambiar esta realidad (Luis, 25 años, nace en 1990).

Los gobiernos posteriores a la dictadura propiciaron una aniquilación simbólica del sujeto popular. La continuidad en la política represiva y la escasa valoración de la participación social desarticuló progresivamente el tejido social, lo que tuvo como resultado la obturación de referentes identificatorios de la subjetividad popular. Este contexto permitió la instauración de lógicas y valores propios del modelo neoliberal. De allí la importancia de la instalación de prácticas y espacios que se orienten precisamente al rescate y valoración del sujeto popular.

La población era única. Para nosotros un tremendo orgullo. Ser chileno es un honor, per ser victoriano es un tremendo orgullo. Ver ahora la población cómo está, puchas da pena. La población ahora se la han tomado los traficantes. Para nosotros, La Victoria es lo máximo. Han surgido cosas que no son comunes en otros barrios, la organización en primer lugar [...] ¡En período de dictadura era única la organización que teníamos

acá! Las organizaciones sociales mandábamos, incluso teníamos a raya la delincuencia (Pedro 62 años, 19 para el golpe militar)

Pertenecer a la Victoria es ser parte de una historia, de un movimiento, de un colectivo que logró, a fines de la década del 50, un germen de poder popular. Lograron con sus propias manos un derecho humano básico, un espacio donde construir sus casas y habitar con sus familias. Construyeron sus viviendas y urbanizaron su población. Reivindicaron el poder de la movilización para acceder a sus derechos. Ser Victoriano, es reconocerse como actores protagónicos de la historia. Se experimenta orgullo por formar parte de un movimiento que lucha, teje redes, donde hay valores populares: solidaridad y compañerismo que les han permitido enfrentar la adversidad. Y al mismo tiempo se recuerda este pasado con nostalgia, de esta experiencia quedan sólo fragmentos dispersos. Sin embargo, ello hace posible preservar un ideario y subjetividad, en latencia, pero prontos aemerger si las condiciones se subvierten.

En este proceso se reconocen como parte de la izquierda, con una clara identificación con los sectores populares. Sentido de pertenencia que se ha forjado en el curso de luchas sociales de larga data. Identidades contrastivas, que se oponen a la derecha y a la burguesía.

Yo siento que realmente el día que nosotros nos reconoczamos como una clase social baja, de trabajadores y nos demos cuenta del peso que tenemos, podemos quizás lograr cosas. Es así que nosotros de a poco, con las organizaciones que hay en esta población, estamos tratando de hacer eso precisamente de hacer conciencia de que la gente participe, de la fuerza que tenemos (Pedro, 62 años, 19 para el Golpe Militar).

Imaginarios y utopías que producen nuevas subjetividades y que escapan de los dispositivos

de control que se ejercen desde los sectores dominantes. De allí la importancia de reconstruir una historia que dé cuenta de las vivencias y afectos de los sujetos en la base social.

7. Reflexiones finales

En el campo de las ciencias sociales ha predominado un enfoque sociologista para analizar los procesos de transformación social, el cual entiende los movimientos sociales como resultado de la exclusión al acceso a bienes materiales, culturales y a la participación política. Desde esta perspectiva, lo que hace posible la movilización y su nivel de conflictividad estaría vinculado con dos condiciones: la intensidad del sentimiento de privación y la masividad de las personas afectadas.

Así, por ejemplo, se ha sostenido que las protestas en Chile podrían obedecer a una disminución de la represión junto con la crisis económica de la década de los 80, que afectó a las capas medias y a la clase trabajadora. Sin embargo, esta aproximación no da cuenta cómo se pasó desde la insatisfacción a un movimiento social de protesta radicalizado que se extendió con rapidez a lo largo del territorio nacional.

Los movimientos sociales son procesos complejos con avances y retrocesos, que se mantienen en forma larvada por largos tiempo para irrumpir de modo inesperado. Su comprensión y análisis requieren de abordajes multi-referenciales que superen el pensamiento clásico, dicotómico de objetivo versus subjetivo. En este sentido, parece útil emplear el concepto de subjetividad, entendida como proceso. Herramienta teórica que da cuenta de

las tramas afectivas y deseantes en la política y, al mismo tiempo, visibiliza cómo lo político produce subjetividad. Los lazos identificatorios al interior de un colectivo no se sostienen sólo en idearios, representaciones o ideologías; se construyen en el curso de la acción colectiva que conforma relaciones, afectos y sentidos de pertenencia.

Los antecedentes recogidos en el curso de esta investigación dan cuenta cómo desde los inicios de la dictadura el movimiento de pobladores fue capaz de articularse y resistir a la represión. Las comunidades cristianas, experiencias de autogestión para paliar el hambre y la cesantía, grupos culturales, entre otros; preservaron redes sociales y le dieron soporte a la subjetividad popular. Es desde este reservorio ético político, que se tendrá la fuerza y convicción para oponerse a la dictadura cívico-militar. Al mismo tiempo, se recuperaban en la vida cotidiana espacios de construcción democrática, promoviendo el desarrollo de valores vinculados a la libertad y los derechos humanos.

La subjetividad popular se gestó en el curso de un largo proceso de organización y movilización por el derecho a la vivienda. Esto permitió la construcción de una densa red social, con múltiples expresiones organizativas, que fluyen interconectadas y con liderazgos móviles. Todo lo cual creó condiciones que hicieron posible la emergencia de la potencia creadora de lo colectivo, transitando desde la posición devaluada de callamperos a pobladores de La Victoria.

Es en esta experiencia de lucha y organización que se identifican como sujetos populares. Se construye un nosotros rebelde y desafiante a los

poderes del Estado y la sociedad que los excluye. Al mismo tiempo, emergen embriones de poder popular que aspiraban a la construcción de una sociedad más justa, participativa y solidaria.

Sin embargo, estas aspiraciones se vieron rápidamente frustradas en el curso de los gobiernos post dictatoriales, erosionando la subjetividad popular. En este sentido, uno de los mecanismos centrales ha sido la impunidad, al permear el vínculo social con la renegación. Es decir, se reconoce la existencia de las violaciones a los derechos humanos y, al mismo tiempo, se desestiman sus preceptos básicos y enunciados. Por tanto, la Ley deja de ser un imperativo categórico universal, más bien se la elude. El sujeto que ha sido perseguido, torturado, muerto o hecho desaparecer queda devaluado y no reconocido en su alteridad y dignidad, desprovisto de la cualidad de semejante y legítimo otro. Se impone la degradación del sujeto popular, al quedar inscrito sólo en los excesos, en la pérdida y la derrota.

El sujeto popular pasa de ser un actor protagónico de la historia a un sujeto carenciado, mero receptor de políticas públicas. Políticas que son en la práctica un artefacto tecnológico cuyo sentido es la caridad, más que un enfoque basado en los derechos y empoderamiento del otro, con lo cual se lo coloca en una posición devaluada y subalterna. Se fractura toda noción de proyecto histórico compartido y se impone a la convivencia formas larvadas e inaparentes del terror. Así, nos vemos obligados permanentemente a someternos a las “posibilidades políticas reales” y, junto con ello, se impone una subjetividad que privilegia el tener por sobre el ser, fomentando el individualismo y el consumo.

Sin embargo, reducidos a los márgenes y en espacios acotados de enunciación se preservan embriones de subjetividad popular. Un rol capital juega aquí la transmisión oral de las experiencias de resistencia y represión que contrarresta las omisiones y sesgos de la historia oficial. Está también en la construcción colectiva de rutas de memorias, murales y monumentos que rinde homenajes a sus víctimas y sus luchas, con lo cual preservan sus idearios de justicia y dignidad. Al hacerlo, colocan el acento en lo colectivo, es su pertenencia a un movimiento social popular que se trató de aniquilar. Son recuerdos que hacen posible la elaboración del duelo y, junto con ello, inscriben las pérdidas en una historia de lucha y resistencia.

Existe, además, una memoria viva inscrita en la praxis colectiva, en la preservación de organizaciones sociales orientadas a la formación de niños y jóvenes. Son espacios educativos y culturales, en los cuales se transmiten prácticas, idearios propios del mundo popular. Espacios en los cuales también se recuerda la historia de La Victoria y su aporte a la construcción de un movimiento social que logró llegar al poder, y que en algún momento podrá hacerlo otra vez. Esto permite la construcción de referentes simbólicos que sostiene la subjetividad popular, al inscribirla en un continuum temporal que instituye saberes y prácticas que conforman y dan identidad al movimiento. Deber de memoria que hace resistencia a la violencia simbólica contenida en la historia oficial que deslegitima saberes y prácticas de resistencia y confrontación al poder. Son, a fin de cuenta, distorsiones y omisiones del pasado, que condicionan el presente y limitan el futuro.

Por último, hay que señalar que esta investigación permite dar cuenta de la importancia de incluir

los procesos de producción de subjetividad en la comprensión de los movimientos sociales. Conceptos y teorías que deben ser ampliados y profundizados a través del análisis de un período de tiempo más amplio, estudiando los procesos de recuperación de memoria en el curso de

las movilizaciones del 18 de octubre. A su vez, sería pertinente replicar esta investigación en poblaciones populares de otras regiones del país. Por último, habría sido deseable ampliar la muestra incluyendo también a pobladores con escasa participación social.

Bibliografía

- Assmann, J. y Czaplicka, J. 1995. "Collective memory and cultural identity". *New German Critique. Cultural History/Cultural Studies* 65 (Spring-Summer): 125- 133.
- Castoriadis, C. 1993. *La Institución Imaginaria de la Sociedad*. (2^a ed.) Buenos Aires: Tusquets.
- Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. 1991. *Informe Rettig*. Santiago: Secretaría General de Gobierno de Chile.
- Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura. 2005. *Informe sobre prisión política y tortura*. Santiago: Ministerio del Interior.
- Daza, A., Henríquez, A. y Veloz, A. 2005. *Trauma transgeneracional: Impacto en la subjetividad y su expresión en la participación social*. Tesis (Título de Psicólogo) Universidad ARCIS. Escuela de Psicología.
- Erdheim, M. 2003. *La producción social de la inconsciencia. Una introducción al proceso etnopsicoanalítico*. México: SXXI.
- Farías, G. 1989. "Lucha, vida, muerte y esperanza: historia de la población La Victoria". *Constructores de la Ciudad* (varios autores). Santiago: Sur Ediciones.
- Fernández, A. M. 2007. *Las lógicas colectivas. Imaginarios, cuerpos y multiplicidades*. Buenos Aires: Biblos.
- Freud, S. 1919. *Lo ominoso*. Obras Completas (1^aed). Vol. 17. Buenos Aires: Amorrortu.
- Ginzburg, C.1995. "Señales. Raíces de un paradigma indicario". *Discusión sobre la historia*. Gilly, A. (Ed.). México: Taurus.
- Gómez, J.C. 2004. *La frontera de la democracia. El derecho de propiedad en Chile 1925-1973*. Santiago: LOM.
- Grez, S. 2007. "Historiografía, memoria y política. Observaciones para un debate". *Cyber Humanitatis* 41 (verano del 2007). Disponible en https://web.uchile.cl/vignette/cyberhumanitatis/CDA/texto_simple2/0,1255,SCID%253D21039%2526SID%253D730,00.html (consultado en diciembre del 2015)
- Guillaudat, P. y Mouterde, P. 1998. *Los movimientos sociales en Chile 1973-1993*. Santiago: LOM.
- Grupo de Salud Poblacional.1989. *Pasado: Victoria del presente*. Santiago: Vicaría Oeste.
- Grupo de Trabajo de La Victoria. 2007. *La Victoria rescatando su historia*. Santiago: U. ARCIS
- Halbwachs, M. 1968. *La mémoire collective*. París: Presses Universitaires de France.
- Hammersley, M. y Atkinson, P. 1994. *Etnografía: Métodos de Investigación*. Barcelona: Paidós.
- Jelin, E. 2014. "Historia, memoria social y testimonio o la legitimidad de la palabra" *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*, 1 (1): 87-98. Disponible en <https://journals.iai.spk-berlin.de/index.php/iberoamericana/article/view/349>.
- Lagos, R. 2005. "Para nunca más vivirlo, nunca más negarlo". *Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura*: Secretaría General de Gobierno de Chile. 5-10
- Lemuñir, J.1990. *Crónicas de La Victoria. Testimonios de un poblador*. Santiago: Centro de Estudios y Promoción Social.
- Loveman, B. y Lira, E. 2000. *Las ardientes cenizas del olvido: Vía chilena de reconciliación política 1932-1994*. Santiago: LOM.
- Mendel, G. 1993. *La sociedad no es una familia. Del psicoanálisis al sociopsicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Neumann, E. 2010. "Ley de Amnistía: Impunidad y violencia". *La República Inconclusa: Una Nueva Constitución para el Bicentenario* Rozas, P. y Bermudez,B. (Eds.) Santiago: .ARCIS: 223-242
- Neumann, E. y López, M. 2012. Las catástrofes sociales y el dispositivo clínico: ¿Alienación o historización de la violencia? *Revista Gravida 1 (Año 2)*. Instituto Chileno de Psicoanálisis: 39-52.
- Nora, P.1989. Between Memory and history: Les Lieux de Mémoire. *Representations* 26. Special Issue: *Memory and Counter-Memory*. Spring. Universidad de California: 7-24.
- Orellana, P. 2015. *La represión en Chile, 1973-1989*. Estocolmo: SENDA
- Ricoeur, P.2000. *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rosas, P.2013. *Rebeldía, subversión y prisión política. Crimen y Castigo en la transición chilena, 1990-2004*. Santiago: LOM
- Salazar, G. 2012. *Movimientos Sociales en Chile. Trayectoria y proyección política*. Santiago: Uqbar.

